

VV.AA.

# Bogotá 39

Nuevas voces de ficción  
latinoamericanas



Galaxia Gutenberg

# Bogotá 39

Nuevas voces de ficción  
latinoamericanas

Galaxia Gutenberg

# HAY FESTIVAL

*imagine the world*

También disponible en eBook

Edición al cuidado de Margarita Valencia  
Edición, corrección y revisión de textos: Claudia Cadena

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero 2018

© de los textos: Carlos Manuel Álvarez, Frank Báez, Natalia Borges Polesso, Giuseppe Caputo, Juan Cárdenas, Mauro Javier Cárdenas, María José Caro, Martín Felipe Castagnet, Liliana Colanzi, Juan Esteban Constain, Lolita Copacabana, Gonzalo Eltesch, Diego Erlan, Daniel Ferreira, Carlos Manuel Fonseca, Damián González Bertolino, Sergio Gutiérrez Negrón, Gabriela Jauregui, Laia Jufresa, Mauro Libertella, Brenda Lozano, Valeria Luiselli, Alan Mills, Emiliano Monge, Mónica Ojeda, Eduardo Plaza, Eduardo Rabasa, Felipe Restrepo Pombo, Juan Manuel Robles, Cristian Romero, Juan Pablo Roncone, Daniel Saldaña París, Samanta Schwebelin, Jesús Miguel Soto, Luciana Sousa, Mariana Torres, Valentín Trujillo, Claudia Ulloa Donoso y Diego Zúñiga, 2018  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, I Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B. 115-2018  
ISBN: 978-84-17088-83-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Viejas noticias de uso\*

*Carlos Manuel Álvarez*

Tengo veintidós años, el pelo negro y lacio, la nariz fina. Mido más de seis pies. Soy hijo de un matrimonio divorciado. Mi padre vive en Miami, se largó hace unos pocos meses, y mi madre hiberna todavía, junto a mi hermana menor, en un pueblo enfermo al interior del país. Yo las suelo visitar aproximadamente un fin de semana cada mes y medio, pero hablamos por teléfono casi a diario. Como norma, siempre tengo hambre, aunque el hambre no es una condición especial mía, sino de los jóvenes cubanos en general.

Los jóvenes cubanos comparten una tez anémica, propia del hambre que no mata, los rasgos secos, cierta expresión ceniza, los gestos lánguidos, y una actitud vivaracha, insistentemente feliz, que se empeñan en cultivar y que contradice todo lo anterior. Los jóvenes cubanos viven nadando contra la corriente del río de sus cuerpos.

Hoy es martes 20, año 16, y en los salones amurallados de la fortaleza Morro-Cabaña, al pie del charco contaminado que es la bahía de La Habana, donde ninguna luna se atreve a reflejarse, la editorial del Gobierno Arte y Literatura está a punto de lanzar la novela 1984 del autor inglés George Orwell, algo que parece haber dejado a contrapié a todos porque las dictaduras, dicen, no aceptan publicar un alegato feroz que las desenmascare.

Lo comento acá porque en mi periódico no puedo. En fin, no hay que insistir sobre este punto. Es la Semana de la Lectura y Remy Alfonso, jefe de información de *Grandpa*, me ha sacado de Nacionales y me ha enviado a reforzar el equipo de Cultura. Tengo que cubrir el lanzamiento del libro.

\* Fragmento de la novela *Viejas noticias de uso*.

*Grandpa* es el órgano oficial del partido. Suena demasiado tremebundo pero, en lo que a mí respecta, les puedo decir con total confianza que no lo es. Hace dos semanas me gradué de la universidad y entré al periódico. Me pudo haber tocado una estación de radio, un canal de televisión o un suplemento de la juventud comunista. Me tocó *Grandpa* básicamente por azar. Es falso que exijan requisitos especiales para ingresar en uno de estos lugares. Mi padre, como ya dije, está en Miami, mantengo una correspondencia regular con él, y aquí estoy, en el aparato de propaganda más longevo del mundo occidental. Nadie piensa que soy nocivo o un paria en potencia.

Recuerdo el día de la ubicación laboral en la universidad. Es el mismo recuerdo compartido por todos los que hemos estudiado periodismo en La Habana durante los últimos cuarenta años. Eran las nueve de la mañana y tenía conciencia de que iba a acaecer un minuto bisagra. Contrario al resto, este es un minuto que, una vez que gira, no tiene vuelta atrás. Son realmente pocos, pero bastan para darle al fluir del universo su condición de imbatibilidad.

Yo sabía que no había ninguna razón que justificara la ansiedad, pero actuamos y creemos que verdaderamente hay cosas bajo nuestro control. Eso no tiene por qué ser necesariamente triste o condenable. Digo, ¿quién quiere a la larga una responsabilidad tan grande como tener el control de su propia existencia o que sus actos dependan única y exclusivamente de él? Viendo el desastre en que suelen terminar las personas cuando se hacen cargo de sí mismos, no creo que quiera un compromiso así para mí, sinceramente.

Pero ahí estaba el día de la ubicación laboral, muy nervioso, como si hubiese alguna diferencia real entre algunos de los sitios a los que podían enviarme. Me hundí en mi rincón y a nadie le importó demasiado. La facultad de Periodismo era un hervidero de estudiantes despreocupados y felices, también muy tontos. Cerca del mediodía, después de un largo desfile de condiscípulos, alguien dijo mi nombre. Avancé despacio, apenas sin expresión. Abrí la puerta de la oficina y vi un buró con un búcaro moteado, un mantel con filigranas rosas, papelería guardada en expedientes, tres funcionarios detrás del buró, cotorreando entre ellos, y enfrente una silla negra, vacía, casi un trono para que me sentara.

Me invitaron a ponerme cómodo. Reparé de inmediato en el funcionario que parecía presidir el trámite. Le miré profundamente

el bigote, como en un plano que se cierra hasta no enfocar nada más. Cuando su boca se abrió y el funcionario dijo adónde habían decidido enviarme, el bigote se movió como una ceja gigante. En el rostro de las personas con bigote nada adquiere más vida que el bigote.

—¿Qué tendré que hacer? —pregunté.

—Escribirás sobre temas nacionales —dijo.

—Me gustaría escribir de deportes.

—¿Te gusta el deporte?

—Sí, me gusta.

—Bien, lo tendremos en cuenta —hizo una pausa—, pero por ahora no podremos complacerte. Escribirás en la página de Nacionales.

Esperé un instante, pero no parecía que se fuera a decir nada más.

—De acuerdo —acepté finalmente.

Me puse de pie y le estreché la mano. Pensé cosas. Actuaba, como es lógico. Aquí se actúa sobre todo de la cabeza para adentro. Tú eres tu público. Estaba feliz de que no me hubieran enviado de vuelta a una emisora rural. Pero enseguida, en cuanto salí a la calle, el cuchillo del hambre me atacó. Y ya eso fue lo único que seguí pensando hasta que un rato más tarde pude comer algo. Tal vez un pedazo de pan, o tal vez un pan entero.

\*\*\*

No perderé el tiempo detallando cómo fueron mis primeros días en *Grandpa*, pues sospecho que es igual a las semanas, los meses o los años que están por venir, y no voy a contar lo mismo dos veces. Ahora son las tres de la tarde, el sudor me pega la camisa a la espalda, y merodeo por las callejuelas adoquinadas de la Cabaña. Aún falta media hora para que comience la presentación de 1984 en una de las salas principales. Mientras, puedo ir describiéndoles un poco este lugar, para que sepan de qué se trata.

Es una fortificación colonial en la cima de una colina escarpada, al pie de la bahía de bolsa de la ciudad, y sus altos pabellones repletos de humedad y luz, que hace tres siglos resguardaban a los soldados de la metrópoli encargados de proteger La Habana de los ataques de filibusteros y piratas, hoy acogen la Semana de la Lectura.

Cada día a las nueve de la noche un grupo de pobres diablos adolescentes, que cumplen el servicio militar obligatorio, se viste

como el pelotón de ceremonia de la metrópoli, todo muy español y muy monárquico, con sables y peluquines y uniformes con vuelos y casacas de damasco y seda, ya saben, y luego con un cañón antiguo disparan un proyectil de cartón a la bahía.

Es una tradición a la que nadie le presta mucho interés. A lo sumo, cuatro gatos aburridos asisten de vez en cuando: una pareja de médicos recién casados sin dinero para ir a otro lugar, un grupo de estudiantes chillones que apenas comienzan la universidad, o un sueco mochilero con diez dólares en el bolsillo. El espectáculo es deprimente y monótono. Salvo los primeros días de enero con la Semana de la Lectura, la fortaleza de la Cabaña es un predio muerto.

Hoy, sin embargo, no cabe un alfiler. Hay carpas y puestos de libros en cada tramo de césped. Aunque la gente no viene a leer. Hacen bien. Yo tampoco leo, no lo soporto. Después de un par de incursiones breves, una vez intenté iniciarme en serio y no lo aguanté, pero es una anécdota que ahora no tiene mucho caso y que bien puedo reservarme para más adelante. Si encuentro un hueco, la suelto. Si no, igual me la guardo.

La gente se toma el trabajo de llegar hasta aquí para comprar comida a menos precio, embarrarse las manos de grasa con un muslo de pollo frito recalentado y luego chuparse los dedos y limpiárselos con disimulo en el dobléz de la camisa. En *Grandpa* hemos estado publicando fotos de la asistencia de público bajo el rótulo de que el pueblo ama los libros, pero si no se tratara de libros, sino de pirograbados, la gente igualmente vendría, porque no hay en esta ciudad ningún otro lugar al que ir ni ninguna otra cosa que hacer.

No hay mucho más que decir de la Cabaña. Si quieren les resumo cómo es que me encuentro en este punto. No estoy convencido de que debamos darle por ahí, pero igual probemos durante un par de párrafos.

La prensa no me interesa en particular. Me matriculé en la carrera porque quería conocer La Habana. Llegué aquí a los dieciocho y pensé, con fuerza, en el axioma que dice que solo hay dos historias. 1: hombre que emprende un viaje. 2: hombre que llega a un pueblo desconocido. Extraño un poco al que era, al que iba a ser. La ciudad me parecía una promesa y bien pronto empecé a recorrerla a pie, sigiloso, creyendo que en cualquier momento me podían asaltar.

Veía el periodismo como una fonda de paso, un motel donde guarecerme hasta que la tempestad amainara y los astros se alineasen y yo pudiera de una vez dedicarme a lo mío. Pero lo mío no llegó. Lo que llegó fue *Grandpa*, y en eso ando. Me da exactamente lo mismo estar que no estar, para qué engañarlos. No sé por qué he comenzado a contarles esto. Si mañana me aburro, ahí se los dejo.

La prensa extranjera dijo que no creía que en Cuba fueran a publicar un libro como *1984*. Jamás había oído mencionar a este Orwell. Era inglés, imaginen. ¿Qué puede saber un inglés? He escuchado que en los círculos de lectores secretos del país sí lo leen. Es considerado una especie de previsor. Remy Alfonso me entregó hace cuatro días un ejemplar de *Arte y Literatura* enviado especialmente al periódico y me dijo que lo leyera, que me tocaba cubrir el lanzamiento. Lo que creo después de haberlo leído es que se ha armado un revuelo innecesario y bastante estúpido.

Piensen sobre esto: Orwell no incluyó en su novela, ni siquiera se acercó a ello, la posibilidad de que el Ministerio de la Verdad publicara en las páginas de su periódico la reseña de una obra como la suya. Y es justo lo que acaba de ocurrir. Pero les digo más. Orwell dice todo sobre la eficiencia y no menciona nada sobre la torpeza. Bien, me aburro. Voy a seguir caminando otro poco. El calor es hoy un viejo verde que me besa la piel.

¿Ministerio del Amor? Yo tengo el Ministerio de la Construcción frente a mi apartamento. Yo sí que les puedo decir qué es un ministerio.

\*\*\*

El lanzamiento de *1984* ha tomado quince minutos. Los presentadores la anunciaron con la naturalidad del mundo, como una novedad literaria que hubiese sido escrita ayer. Asunto zanjado.

\*\*\*

Estoy ya en *Grandpa*, esperando de pie la revisión de Remy después de haber redactado la información. Me ha tomado una hora atravesar la ciudad. Una multitud molesta se abalanzó sobre la ruta 101. Yo logré entrar por la puerta del medio. Alguien gritó que



no nos atropelláramos, que desde arriba querían que nos extermináramos entre nosotros mismos. Nos echamos a reír. A veces sucede. La gente en La Habana actúa como familia, es un apartamento gigante de setecientos kilómetros cuadrados en el que no hay ninguna vida lo suficientemente alejada de la otra como para que dos personas cualesquiera no se reconozcan con solo mirarse.

El ómnibus atravesó el túnel de la bahía y bordeó la avenida del Puerto, luego apareció por la terminal de trenes y después siguió en busca de la calle Reina. En ese tiempo subieron y bajaron de la ruta decenas de pasajeros. Hay momentos en los ómnibus durante los cuales casi no se puede respirar. Momentos en los que te apisonan y te despeinan y te golpean y un hombre saca el codo disimuladamente para encajártelo en las costillas y separarte un tanto. Los novios cuidan que ningún rascabuchador pase demasiado cerca del trasero de sus novias y las mujeres vigilan sus carteras. El sigilo es perceptible, todo el mundo sobre aviso. Los pasajeros saben que los otros pasajeros son sus enemigos y que los choferes también son sus enemigos.

Está además el distrófico voluntario que ocupa el primer asiento, a un metro del chofer. Recoge el dinero y dicta dónde y cómo debemos ubicarnos, un infeliz que por veinte minutos o media hora tiene el control de nuestras vidas y que hace que aflore nuestro lado oscuro y salvaje. Los robos, el sudor, la suciedad, las peleas, la asfixia, la demora, las minucias diarias, el rodillo cotidiano. Los pasajeros no parecen tener la culpa. Los choferes no parecen tener la culpa.

De madrugada, sin embargo, los ómnibus en La Habana viajan generalmente vacíos. Siempre hay un tramo, cada día, que los choferes cubren solos, justificados por la eventualidad de encontrar a alguien. Pero no necesariamente tiene que haber alguien esperando. Después de tanta bulla, de tanto ajetreo, ¿qué piensa el chofer? ¿Quiere seguir así, por siempre? ¿Qué piensa de la primera persona que sube al ómnibus a invadir su territorio? ¿Cómo lo ve? ¿Como un enemigo? ¿Como un bálsamo? ¿Como un sol distante?

El viaje de los choferes en La Habana es, realmente, un viaje circular, sin paradas, como si subieran una roca hasta la punta de la montaña y después la dejaran caer. En la ruta 101, todo chofer ha sido pasajero y todo pasajero ha sido distrófico voluntario alguna vez.

Cosas lúcidas de ese tipo iba pensando, entretenido en el acordeón del ómnibus, hasta que me bajé en la parada del periódico. *Grandpa* queda en la esquina de General Suárez y Territorial, un edificio de cuatro plantas en cuyos bajos trepan enredaderas por las paredes y varias matas de arecas descansan dentro de macetas rectangulares de cemento. En cada piso destacan cristales carmelitas que lo hacen parecer una pecera de aceite, y en cada cristal dos trozos de *scotch tape* para evitar que se astillen dado el caso de que un ciclón visite La Habana. Algo que por suerte o por desgracia no ha ocurrido.

## Así conocí la nieve

*Frank Báez*

La noche en que arribé a Chicago la temperatura estaba en veinte grados bajo cero. Acababa de dejar la soleada República Dominicana para estudiar diseño de encuestas en la University of Illinois. En esa época trabajaba como supervisor de encuestadores y había recorrido el país haciendo estudios e investigaciones, pero hasta que me dieron la beca no tenía idea de que eso se estudiara.

También becaron a Diógenes Lamarche, un colega junto al que colaboraba en varias ONG. Ninguno de los dos habíamos estado antes en Chicago. Quien sí había estado era mi ex, que repetía que en medio de la ciudad había un frijol gigantesco. Por lo que cuando el piloto anunció el descenso, subimos la ventanilla e intentamos distinguirlo, pero apenas alcanzamos a ver los rascacielos y la ciudad que resplandecía como oro. Antes de apearnos del avión volvimos a mirar y esta vez vimos a varios empleados abrigados como esquimales que caminaban por la pista, y nos preguntamos si habíamos aterrizado en el polo norte.

Ya en la cinta recogimos las maletas, sacamos nuestros abrigos y esperamos a Nora Bonnin, una argentina que sería nuestra anfitriona. Al vernos hizo señas con un brazo y lo primero que nos preguntó es si habíamos traído ropa de invierno.

—La llevamos puesta —le dijimos.

Ella no pudo disimular la risa al examinar las chaquetas y los *sweaters* que habíamos comprado en un *mall* de Santo Domingo.

—Chicos, eso no les va a servir para el frío. No es que esté mal, pero es que aquí el frío es bárbaro. Traje conmigo unos abrigos de mi marido para que los usen hasta que consigan otros.

Además de las chaquetas, habíamos traído medias de lana, jeans de pana, bufandas, gorros y esos largos calzoncillos que

los gringos llaman *long johns*. Confiábamos en que esas prendas nos servirían para sobrevivir al invierno en la ciudad de los vientos.

—Espérenme en esa parada con las maletas en lo que corro a buscar el auto.

Antes de salir disparada, Nora se puso los guantes, se subió el *zipper* de su esquimal más arriba del cuello y se ajustó la capucha. La vimos hacer un *sprint* hacia los parqueos. Imitando su ejemplo, atravesamos la puerta automática y apenas salimos el frío nos dio un mazazo que estuvo a punto de derribarnos.

—Bienvenidos a Chicago —dijo Nora con sarcasmo cuando cerramos las puertas del Audi.

Al día siguiente nos llevó a visitar varios apartamentos y terminamos alquilando uno de tres habitaciones ubicado en Little Italy. El arrendatario era Pete, un digno representante *wasp*, que además del apartamento nos mostró la azotea y el área de lavado y secado. Adquirimos dos colchones en una compraventa de Greek Town que trajimos a duras penas en el Audi de Nora. Recogimos, limpiamos y desinfectamos. Después subimos a la azotea y nos deleitamos con la vista del barrio y de los rascacielos del *loop* que daban la sensación de estar fumando y tosiendo.

Cenamos en un restaurante tailandés mirando las jevitas que pasaban con bufandas coloridas y abrigos costosos. Cuando retornamos al apartamento parecía como si hubiéramos entrado al congelador de una carnicería. A pesar de que prendimos el vetusto calentador como nos había indicado Pete, el apartamento seguía helado y no parábamos de tiritar. A mitad de la noche optamos por mover los colchones a la sala, próximos al calentador que cada media hora se activaba como por arte de magia.

Al amanecer nos percatamos de que el frío se estaba filtrando por tres ventanas rotas. Ya que al mediodía íbamos a la oficina de Pete a firmar el contrato, aprovecharíamos para exigirle que arreglara las ventanas. Pero este estaba irascible y no hizo más que hablar de Sammy Sosa, específicamente sobre su incidente con el bate de corcho. Aunque había ocurrido hacía años, la fanaticada de los Cubs de Chicago seguía molesta con el pelotero dominicano, sobre todo después de que anunciara que abandonaba el equipo. Pete, usando de ejemplo un bate de madera que tenía debajo de su escritorio, estableció la diferencia entre un bate con entra-

ñas de corcho y uno reglamentario. Después repasó el famoso partido de los Cubs contra Tampa Bay, donde a Sammy Sosa se le rompió el bate. Nadie le dio mucha importancia al asunto. En los partidos de grandes ligas los bates se rompen a cada rato. No obstante, cuando uno de los árbitros verificó que entre los pedazos del bate había corcho, convocó a los demás árbitros y juntos decidieron expulsarlo del juego. Luego un comité lo sancionaría y él se disculparía y explicaría que había sido producto de un desliz, pues en vez de utilizar su bate reglamentario había bateado con el de las exhibiciones de jonrones.

Pero Pete no le creía, y había traído toda esa historia a colación porque seguramente tampoco nos creía a nosotros que éramos compatriotas de Sammy Sosa y además sus nuevos rentistas. Antes de firmar el contrato le mencionamos el asunto de las ventanas y él aseguró que esa misma tarde las repararía. Sin embargo, cuando esa noche volvimos de clase, las ventanas seguían sin cristales. Aunque las sellamos con plástico, el viento seguía filtrándose y no teníamos otra que dormir al lado del calentador.

Tuvimos que esperar dos semanas para que instalaran las ventanas faltantes. Una mañana vino un nuyoricán cincuentón que se subió a una silla y fue arrancando los cristales quebrados para después, con ayuda de un destornillador, instalar los nuevos. Al terminar le ofrecí jugo.

—¿De qué tienes? —preguntó.

—De arándano.

—¿De qué?

—De *cranberry*.

—Ah, puñetas. Dame.

Se lo bebió de dos tragos.

—¿Y la furnitura? —preguntó.

—¿Furnitura?

—Sí, la mesa, las sillas y el *couch*.

—Ah sí, tenemos que comprarlos.

Lo volvimos a ver una semana después.

—¡Quisqueyanos! ¡Quisqueyanos! —nos voceaba desde la acera.

—¿Qué pasa? —le grité cuando logré abrir la ventana.

—Tengo una mesa. Bajen por ella.

Al agradecerle el gesto, explicó que Pete nos la había mandado y que de ninguna manera lo tomáramos como un favor ya que estaba incluida en el contrato. Con la mesa y unas sillas que habíamos conseguido, el *look* del apartamento fue mejorando. Sin embargo, aún nos faltaba el *couch* que el nuyorican había mencionado. Fuimos a tiendas de segunda mano y contactamos con estudiantes que vendían sus cosas por Craigslist. Pero los precios sobrepasaban nuestro limitado presupuesto. Hasta que una mañana en que estaba imprimiendo un trabajo en la oficina de Nora, Diógenes me llamó para anunciar que había encontrado un *couch*.

Se dirigía a la universidad cuando lo vio en el callejón. Fue amor a primera vista. Era negro, de piel genuina y estaba prácticamente nuevo. Le preguntó a un estudiante que merodeaba si el mueble pertenecía a alguien y este le contestó que si estaba ahí era porque lo habían botado.

Así que me olvidé de lo que estaba imprimiendo y corrí a ayudar a Diógenes con el mueble. Con tal de contrarrestar el frío polar salí dando zancadas. Atravesé las calles, los dormitorios de estudiantes, el parque lleno de ardillas y la estatua de un Colón obeso como John Goodman. Al cruzar la Loomis, alcancé a ver el callejón y más allá a Diógenes recostado en el mueble. Era desconocido. Comprendí que sería como cargar un hipopótamo. Y estábamos a más de cuatro cuadras de nuestro edificio.

–En la isla uno de estos sale por veinte mil pesos –dije antes de dejarme caer sobre él.

–¡Tú *ta* loco, mucho más! –replicó Diógenes–. ¡Cuarenta mil pesos!

Procedimos a llevarlo. Antes de tomarlo cada uno por un extremo, estiramos y flexionamos los músculos.

–Un, dos, tres –gritamos al unísono.

Apenas lo cargamos unos cuatro metros.

–Nos va a tomar una semana llevarlo hasta el edificio.

–Eso parece –respondí sin aliento.

Después de muchos intentos, llegamos hasta la entrada del callejón que conducía a nuestro edificio. Estábamos a casi noventa metros. Extenuados, jadeábamos y discutíamos sobre dónde lo colocaríamos en el apartamento. En esas estábamos, cuando se aproximó una pareja de ancianos, de seguro descendientes de los inmigrantes italianos que fundaron este barrio.

–Los dueños –murmuró Diógenes.

La anciana mantuvo la distancia pero el viejo golpeó el mueble con su bastón y preguntó, mirándonos con unos ojos verdosos de loco:

–*You guys aren't gonna leave that there, are you?*

Le explicábamos que lo llevábamos a nuestro apartamento cuando a la anciana le entró un ataque de tos. Tomamos eso como señal para cargarlo de nuevo. Esta vez lo movimos siete metros. En eso, oímos una ranchera a todo volumen, seguida de un frenazo y un bocinazo. Cuando la bocina volvió a sonar, soltamos el mueble y nos volvimos.

–Este sí debe de ser el dueño –le dije a Diógenes.

El conductor de la furgoneta apagó la radio, bajó el vidrio y nos preguntó en español si necesitábamos ayuda.

–Lo llevamos hasta el edificio que está al final del callejón –le explicó Diógenes.

–¡Sale y vale! ¡Súbanlo!

Nos ayudó a montarlo en la parte trasera. En menos de un minuto, lo habíamos descargado frente a nuestro edificio.

–Mi nombre es Jesús –dijo el conductor.

Pero no vislumbramos una señal religiosa en su nombre ni en el modo en que nos había auxiliado. Más bien lo que nos llamó la atención era su parecido con Quico, el personaje del *Chavo del ocho*. En vez de un gorro de invierno se había encasquetado una cachucha de los White Sox. Apenas le contamos que éramos dominicanos comenzó a mencionar sus bachatas favoritas.

–¿En qué piso viven? –preguntó de pronto.

–En el tercero –le dijo Diógenes.

–Caray, les ayudaría, pero tengo un *delivery* que entregar. Trabajo en el restaurante mexicano.

–¿El Pancho Villa? –le pregunté.

–Ese.

–Pues nos vemos allá –dijo Diógenes.

Dejamos el mueble en la sala a eso de las cinco. Del minuto en que Diógenes tropezó con él en el callejón, al momento en que logramos meterlo en el apartamento, habían transcurrido unas siete horas. En el ínterin hicimos una pausa para comer y, como Diógenes le había prometido a Jesús, fuimos al Pancho Villa, don-

de pedimos unos burritos gigantes que bajamos con Coca-Cola. Cuando le preguntamos a la mesera por Jesús, esta contestó que se encargaba del *delivery* y ayudaba en la cocina.

–Mi nombre es María, para servirles.

–Estamos teniendo un día bíblico –dijo Diógenes entre dientes.

–¿Mande?

–Nada –le dije–. Por cierto, Jesús nos ayudó a llevar un mueble a nuestro apartamento.

–Ah, ¿ya lo subieron?

–Apenas vamos por el segundo piso.

En vez de traernos la cuenta, María volvió con los burritos que sobraron envueltos en un paquete. Cuando la cuestionamos al respecto, dijo que mejor ahorráramos ese dinero para comprar nuestros libros.

–Son requetecaros –añadió.

Antes de llevarse los platos nos advirtió que debíamos subir el mueble lo más pronto posible, ya que Telemundo había anunciado la primera nevada del año para esa noche. Así que lo cargamos y tras varios intentos infructuosos, alcanzamos el tercer piso. Pensamos que sería imposible meterlo por la puerta de la cocina, pero con mucha determinación y la ayuda de los vecinos hindúes, lo logramos.

Ya de noche, me senté en el mueble con una botella de ron en la mano. Era la última que quedaba. Había traído varias para obsequiar, pero como no había conocido a nadie digno de ellas, me las había ido bebiendo. Diógenes freía algo en la cocina. Desde allí señaló el mueble y comentó que éramos como esos cavernícolas que se pasaban el día cazando y que retornaban a la cueva arrastrando su presa. Así me sentía, como uno de esos lejanos antepasados, bebiendo ron a pico de botella y mirando la sala, la cocina y el piso que recién había barrido y restregado con una esponja para quitarle la mugre. A pesar de la falta de adornos y de cuadros en las paredes, experimenté por vez primera la sensación de que tenía un hogar en Chicago. Fui a mi cuarto y busqué la música que había traído, pero solo di con un cedé regrabable de Raúlín Rodríguez que mi tío había metido en la maleta para que, según dijo, no olvidara mis orígenes.

Al sonar la primera bachata empezó a nevar. Era la primera vez que Diógenes y yo veíamos la nieve. Al principio cayeron unos



cuantos copos, pero cuando Diógenes abrió la ventana, caían de a montones. Pronto se acumularían en las aceras, en las calles y en los tejados. Cuando Diógenes propuso que saliéramos a jugar con la nieve, ya me había acabado la botella. Fui en busca de mi abrigo y lo acompañé.

## Tal vez un animal

Natalia Borges Polesso

Traducción de Julia Tomasini

La mano le tembló un poco cuando tocó el plástico húmedo por el vapor. Tomó la bolsa de basura. El corazón en la boca, el miedo de que alguien la viera. Dobló la esquina y se chocó de frente con Márcia. Escondió la bolsa en la espalda, como si eso la volviera invisible. No era un buen año para Elvira.

—Hola.

—Hola, Márcia. ¿Qué haces por aquí?

—Estoy yendo a casa.

—Ah, bien.

—¿Vas a la fiesta hoy?

—¿Qué fiesta?

—La de Igor.

—Quizá. Tengo que irme, voy a la rotisería, después a casa, tengo que llevar unas cosas que Flávia me pidió, bueno, voy yendo.

—Perfecto.

Hizo diez pasos corriendo. Miró hacia atrás y verificó que Márcia ya no estuviera a la vista. Se sentó sobre una piedra. Apoyada contra la tapia de un terreno baldío, abrió la bolsita de supermercado: *risotto*. Todavía estaba caliente. ¿El que tira la comida a la basura cree que alguien puede comerla solo porque la separa así nomás?, dijo entre dientes. No sabía qué hacer. Tenía casa y, hasta hace unos días, tenía un trabajo medio de mierda. Pero no le alcanzaba. Hacía mucho que no le alcanzaba para nada. Perdió el trabajo medio de mierda y ahora se pasaba las tardes yendo a las agencias de recursos humanos, empresas, tiendas, barrios cerrados, lo que fuera. Esa semana buscó hasta la última moneda para pagar el alquiler. Lo pagó. No tenía deudas. Compartía un sótano diminuto con Flávia. No quería que la amiga supiera que ya no le quedaba un puto real. Con la bolsa abierta

sobre las piernas, metió los dedos en el arroz amarillo. ¿Azafrán? El olor fresco de la rúcula le abrió el apetito, y con los dedos en forma de cuenco se metió un puñado en la boca y otro más y otro y otro nuevamente. Y cuando vino el pedazo de carne, cerró los ojos y masticó un largo rato. La boca llena de comida. Hacía mucho que no comía algo tan rico. Solo comía pan y galletitas de setenta y cinco centavos que compraba en el mercado cerca de casa. Todavía había galletitas a setenta y cinco centavos. Vio a un hombre cruzando la calle en su dirección. Elvira se quedó quieta. El hombre le pasó por delante con los ojos pegados a la pantalla del celular. No la vio. Ella se pasó el dorso de la mano por la boca y tiró al suelo la bolsa abierta. La comida se desparramó. Se sintió asqueada. Había sacado comida de la basura. Que estuviera bien o mal o que eso fuera lo mejor que comía en días no importaba: había comido de la basura. Se preguntó, atontada, cómo la vida había llegado hasta ese punto. La explicación era simple: tenía hambre. Miró el arroz desparramado en la calle. Ellos habían tenido el cuidado de separar la bolsa. Yo no, pensó. Del piso ya nadie podría comer. Tal vez un animal. Se vio en el vidrio espejado de la tienda de enfrente: el cuerpo ganchudo, medio animal. Detrás del vidrio, debajo del gran cartel que anunciaba un nuevo emprendimiento inmobiliario, las empleadas uniformizadas de la oficina miraban la escena un poco riendo, un poco aterrorizadas. Cerró los ojos. Había comido de la basura. Pisó el arroz y siguió su camino. Miraba detenidamente las cosas, profundamente, como si necesitara comprender todo de nuevo.

Bajó la escalera lateral del terreno mirando la nada y no se dio cuenta de que allí estaba sentado Fernando, el dueño de la casa.

—Elvira, ¿adónde vas?

—Hola, Fernando. A casa.

—Ni saludas.

—Hola, Fernando.

—Falta dinero, ¿sabes?

—No, lo conté mil veces —contó mil veces todas las monedas que encontró para llegar al alquiler, contó las propias y las de Flávia, todas.

—Pero hubo un aumento, ¿no lo recuerdas? La parte de Flávia está bien. De la tuya faltan treinta y cinco, pero te lo dejo a treinta. No hace falta que pagues con dinero, si no lo tienes.

Fernando se limpiaba las uñas y miraba hacia abajo. En ningún momento, por cierto, miró a Elvira a la cara. Exhaló lentamente con los labios apretados. Presión. Siguieron sin mirarse. Elvira se tragó la rabia y siguió bajando.

–Piénsalo. Es simple. Nos ayudamos.

Entró y golpeó la puerta. Flávia tembló, estaba en el sofá con una toalla enrollada en la cabeza. Final del día sin aire. A través de la única ventana de la pieza, el sol estallaba en el televisor que se esforzaba por mostrar una telenovela de la cual Flávia no podía sacar los ojos. El olor a moho se había vuelto más intenso; pensó que si el terreno no tuviera esa inclinación bizarra, el sol nunca entraría a esa hora del atardecer.

–Vamos a la fiesta de Igor.

–¿Qué fiesta?

–¿La fiesta de cumpleaños de Igor...?

–No. Me siento mal. No tengo un centavo, no quiero ir a la fiesta.

–Pero no tenemos que pagar para entrar y después yo pago el taxi de vuelta. O volvemos en bus por la mañana.

–No, creo que no. Debo treinta y cinco reales de alquiler.

Flávia achicó los ojos e hizo una mueca como quien pregunta cuál va a ser la tercera excusa.

–Vamos a la fiesta de Igor, ¿puede ser? Quiero mucho ir a ese lugar. Es nuestra oportunidad.

–¿Qué lugar?

–*Loop*.

–¿Y qué es eso?

–La discoteca gay que hay en la Visconde.

–Ah, sí.

La tercera excusa que le pasó a Elvira por la cabeza fue que tenía el estómago revuelto porque su única comida decente del día había salido de la basura y quizás eso era un índice de que la vida no estaba yendo tan bien. Y la cuarta excusa, si fuera necesaria, podría ser el hecho de que hacía un minuto el dueño de la casa en la que vivían le había insinuado que podría pagar el alquiler con sexo.

Al final, quedarse sola sería mucho peor.

–¿Y?

–Bueno, voy.

Flávia sonrió. Se levantó del sofá y se fue a su cuarto. Elvira apretó los párpados y mientras el sol desaparecía en la distancia,

sintió el calor de su cuerpo deshacerse junto con la luz. No era un buen lugar ese en el que estaba. Pero no podía desarmar la situación en su cabeza. Cuando era niña imaginaba cómo sería su vida a los quince. Cómo sería cuando pudiera llevar sus cuadernos sin una mochila, como lo hacían las chicas más grandes. Cuando pudiera dejar de usar el uniforme y elegir la ropa, como lo hacían las chicas más grandes. A los quince prefirió seguir usando el uniforme. Era mejor que la ropa que la madre le compraba en el mercado o la que le donaban. Una vez fue a la escuela con la camiseta que había sido de una compañera. Comenzaron a llamarla «Segunda mano». Pensaba que a los dieciocho sería mejor, porque tendría su independencia y podría salir de casa, trabajar. Pero eso sucedió antes. La madre desapareció. Se despertó con el agua para el café hirviendo y no la encontró. Ni rastros de la ropa de la madre. Ni el cepillo de dientes de la madre. Ni el olor de la madre. Independiente al fin, salió de casa para llamar por teléfono al padre. Trató de explicarle que la madre se había ido, él no entendió. Nadie entendió, a decir verdad. El padre fue a sacar las cosas de la casa y a llevarse a Elvira. Hacía mucho tiempo separado, el padre vivía en un cuartito en la casa de su hermana mayor. Enfermero, cuidaba a la hermana con Alzheimer. Elvira pasó un año durmiendo en un colchón en el cuartito, al lado de la cama del padre. Durante ese año le oyó los ronquidos, el llanto y los pedos. Hasta el día que juntó suficiente dinero para salir de ahí. Y se fue a vivir a otra ciudad, a una pensión para estudiantes. Tenía que terminar el último año de la escuela, el que había perdido. Terminó a los veinte. Escuela nocturna y pública. Ese año hubo más días de paro que de clases. Participaba de las reuniones del sindicato y formaba parte del gremio estudiantil y pensaba que a los veinticinco su vida comenzaría. Ahora, casi a los treinta, no se hacía más expectativas. Desempleada, había comido de la basura y, si lo quisiera, podría pagar el alquiler con una paja.

—Elvira, ¿te quedarás mucho tiempo así como una estatua? Ya casi estoy.

—Perdón —Elvira salió del trance—. ¿No es temprano?

—No. La fiesta empieza antes para los invitados. Va a haber unas bebidas.

Elvira pensó que una bebida, o muchas bebidas, era una buenísima idea.

—Me lavo los dientes y vamos.

Durante la fiesta, evitó a Márcia. Evitó hacer contacto con casi todas las personas. Saludó a Igor, le deseó feliz cumpleaños, se separó de Flávia y bailó hasta casi perder las piernas. En un abrir y cerrar de ojos que separaba la realidad de las ganas de acotar su existencia a ese momento, vio a Douglas. No le prestó mucha atención, solo aceptó la compañía. Él parecía estar en su propio trance.

Se acostó con Douglas esa noche. Final de fiesta. Entre los vasos de toda la cantidad de vodka que tomaron, él dijo que quería ser rica, que quería ser alguien. Ella dijo que se sentía una nada y que había comido de la basura. Douglas, con una gorra en la cabeza, flaco, las uñas mordidas, una cara linda, limpia. Voz gruesa que afinaba de vez en cuando, especialmente en los momentos en que la homosexualidad le pegaba fuerte. Carraspeaba y continuaba hablando. Le contó a Elvira todo el plan A de su vida y cómo todo había salido mal. Se había escapado a São Paulo pero ahora, cinco años después, estaba en la ciudad trabajando en una rotisería.

—¿En una rotisería?

—Sí, hago cosas saladas y dulces y tartas también.

—¿Y para qué fuiste a São Paulo?

—Para ser modelo. Con contrato y todo.

—¿Y qué pasó?

—Huí de la mujer de la agencia, no sé por qué. La perdí en el aeropuerto. Lo único que quería era irme de mi ciudad ridícula.

—¿Y has venido a parar aquí?

Se rieron. Él le contó que no estaba tomando hormonas, pero que quería volver y, en cuanto la vida enfilara hacia el bien nuevamente, lo que sucedería en cualquier momento, todo volvería al plan A, por ahora, era el plan B.

No sabían cómo eso había pasado. Sabían que, a la salida de la fiesta, bajo la autopista, comenzaron a besarse. Elvira sintió el miembro de Douglas contra sus muslos, después en la mano y después dentro. Se despertó en un cuarto con olor a naftalina. Douglas tenía los ojos abiertos y se mordía el labio inferior. Le dijo que nunca se había acostado con una mujer.

—Pasa.

—Pasa.

—¿Y cómo vas a hacer para ser rico?

—Rica.

–Rica.  
–No lo sé todavía. Pero comprende que quiero hacerme rica con A, quiero ser mujer, quiero otra vida.  
–Yo también quiero ser mujer y quiero otra vida.  
–¿Cómo que quieres ser mujer?  
–No sé –cerró la boca y exhaló una gran cantidad de aire por la nariz–. Lo que me pasó ayer no debería pasarle a las personas. Me siento un poco animal.  
–¿Porque tuvimos sexo?  
–¡No! Es decir..., también. Creo. Pero eso es lo de menos. Tú pareces ser buena gente. Hay otra cosa. Mi vida está horrible. ¿Sabes cuando llegas a un punto en el que tratas de entender lo que está sucediendo pero no puedes?  
–Creo que sí. Pero ¿qué fue lo que pasó?  
–Comí de la basura. Y creo que voy a tener que acostarme con alguien para pagar las cuentas.  
–¿Prostituirte, quieres decir?  
–¡No! Es decir, no sé. ¿Es eso? Ahí es donde llegué.  
–Si vas a tener sexo con alguien por dinero, es prostitución. Todo bien. Tengo un montón de amigas y amigos que lo hacen. Yo no juzgo a nadie. Yo no lo hago. No sé cómo hacerlo. ¿Tienes hambre ahora? Tengo algo aquí en casa, podemos comer juntas.  
–Yo tampoco sé cómo hacerlo. Ni quiero. Pero no tengo salida. ¿Cuánto pagas por este apartamento?  
–Cuatrocientos reales.  
–Buen precio.  
–Es dueño directo. Pero ¿qué es lo que te ha pasado? No entendí qué te hace querer ser mujer. O mejor, qué te hace pensar que no eres mujer.  
–Ni yo lo sé. Simplemente no me siento una mujer. No me siento una persona, me parece. Siento que fracasé en la vida.  
–¿Sientes que eres un animal?  
–Algo así.  
–Ser animal es bueno a veces. Creo que uno se apega mucho a decir que lo humano y la humanidad son algo bueno siempre. Pero que lo que uno realmente quiere decir es bondad, solo que no es así. La humanidad no es ni de lejos algo bueno. Mira alrededor. Si todo el mundo fuera un animalito, al menos nadie sentiría culpa. Nadie juzgaría, nadie guardaría rencor.

Douglas decía todo esto mordiéndose la piel de los dedos. Elvira no creía en sus palabras, en su inocencia precaria, pero lo oía y pensaba que podría tener razón. Tal vez ser animal fuera realmente mejor.